

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción. - En la Península: Un mes, 1'50 ptas. - Tres meses, 4'50 id. - En el Extranjero: Tres meses, 10 id. - Número suelto, 0'10 cts. - La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - No se devuelven los originales. - Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones. - El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. - La correspondencia al Administrador

Desde Madrid

SERVICIO ESPECIAL DE "EL ECO DE CARTAGENA."

Estamos en un periodo de verdadera reconstitución; el nuevo gobierno sobre el cual pesa una tarea verdaderamente abrumadora, tiene que edificar lo nuevo sobre las ruinas de lo que se ha desmoronado.

En el periodo de turbulencia y agitación que en estos días parlamentarios ha sustituido el periodo de calma, que viene siempre inmediatamente despues de las grandes tempestades, y el país ahora se encuentra en un estado de verdadera expectación aguardando tranquilamente, confiadamente el resultado de la labor del nuevo gobierno.

Esta ha de ser penosa y dura; por lo pronto se ocupa el Sr. Moret en adquirir el nombramiento de altos cargos, especialmente el de gobernadores civiles para lo cual se han vuelto a reunir los ministros en Consejo en el ministerio de la Gobernación.

A la hora en que escribo estas cuartillas continúa el Consejo y es más que probable que no termine hasta las primeras horas de la noche.

Estos nombramientos parecen también para el Gobierno algunas dificultades, pues la nueva ley exige hoy á los favorecidos con el mando superior de una provincia, mayores condiciones que las anteriormente exigidas, y el Sr. Moret, tiene al propio tiempo el criterio de que los nombrados sean personas de gran prestigio político - algunos ex ministros - para que puedan más fácilmente gestionar el gobierno.

Pero nada de esto es seguro, pues el Sr. Moret se muestra impenetrable sobre este punto.

A. J. Madrid, 26, Octubre

El desierto de Takla-Makán

Un viaje horrible

En el corazón del Asia, donde hoy solo se encuentran interminables desiertos de arena, hubo hace muchos, muchos años, un gran lago, casi tan grande como el Mediterráneo; caudalosos ríos vertían en él sus aguas, y en sus orillas florecían prósperas ciudades.

Un fenómeno meteorológico, un cambio de clima, hizo que las lluvias fueran raras en aquella región; los ríos disminuyeron de caudal, algunas de ellas hasta variaron de curso, las aguas del lago se evaporaron lentamente, y, como resultado, aquel mar interior acabó por secarse.

Las ciudades desaparecieron; la región se había hecho inhabitable, y, con el tiempo, en lugar de un mar de arena, un mortífero desierto, el desierto de Takla-Makán.

Así, al menos, contaron las cosas los indígenas de las regiones próximas á estos desiertos, al doctor Sven Hedín, el famoso viajero sueco, cuando un día se detuvo á la entrada de aquella desolada región, y mirando sus alrededores con curiosidad preguntó si alguien había llegado á ellos.

-No, jefe - fue la respuesta - semejante cosa es un imposible. Un viajero atrevido no necesita más que oír estas palabras, imposible; para decidirse á demostrar que no hay imposibles para un espíritu escéptico.

El doctor Sven Hedín formó en seguida su propósito. Entraría en el desierto y si había allí restos de una antigua civilización, él sería su descubridor.

Pocos días después, una larga fila de camellos se movía en los arenales con una condaque, y el viajero sueco á la cabeza.

Los indígenas se agitaron para ver desfilar aquella caravana, que parecía marchar á su tomba. Un triste é imponente silencio, interrumpido solamente por el monótono repique de las campanillas que adorna-

ban los cuellos de los camellos fué la única despedida.

La marcha del primer día no fué del todo penosa; pero los ánimos del explorador y la confianza que en él tenían sus servidores, decayeron ante un errático descubrimiento, hecho cuando ya era tarde para volverse atrás.

Yolchi, el jefe de los camelleros, había recibido de Sven Hedín la orden de llevar provisión de agua para diez días; pero, por pereza, ó por simple capricho, no había calculado más que para cuatro días. Era preciso racionar el precioso líquido, conservándolo como si fuera oro.

Pronto las dunas se arena, amarilla y fina como el más fino azúcar, crecieron en altura, hasta el punto de que los camellos se hundían en ellas hasta el vientre.

Quince ó veinte kilómetros, hechos en estas condiciones en un día, suponían un gran esfuerzo; pero la marcha era sumamente lenta, y hombres y animales se debilitaban por momentos.

Prisepo un camello, después otro, y otro más, cayó para no levantarse. Luego de sed, los camelleros escarbaban la arena en busca de agua.

Agua en un desierto, completamente seco desde hace muchos siglos!

Por fin llegó el día en que la caravana de agua se acabó. Había que salir de aquel infierno, pero los indígenas criados se sentían morir de sed, mientras Yolchi, el causante de toda la desgracia, enloquecido por su arrepentimiento, profecía en su delirio horribles amenazas.

Todavía quedaba un camello y un gallo; se les dio muerte con el propósito de beber su sangre; pero los pobres animales se encontraban también en deplorable estado, y la sangre se coagulaba, apenas salía, sirviendo solamente para aumentar la sed de los sedientos viajeros.

Los camelleros probaron entonces otro recurso; mezclaron vinagre y azúcar con el producto líquido de las deyecciones de los camellos, y lapándose la nariz, bebieron de un trago aquel horrible brebaje.

Otrocieron una copia al viajero sueco; pero éste, sólo con el rictus, rebuzó el horrible líquido, sigliendo su ejemplo un indígena llamado Kasim, que Sven Hedín llevaba consigo desde el principio.

Acertados anduvieron en hacerlo así, pues todos los que probaron el compuesto, fueron sobrecogidos por espantosos dolores y repetidos vómitos. Entretanto, Yolchi, completamente loco, había arrancado los pulmones del camello muerto, y hundía en él sus fauces.

Al día siguiente, casi todos los camelleros se hallaban moribundo. El doctor sentía también su próximo fin, y se vistió enteramente de blanco, en la esperanza de que la muerte le sorprendiera, por lo menos, decentemente amortajado.

No podía hacer nada por sus compañeros de viaje, y, seguido por Kasim y un camello llamado Islam Bei, persiguió la marcha á pie. Poco después Islam Bei cayó sin vida. El doctor colgó á su lado una linterna encendida; era el único tributo que podía rendirle, nada tenían, y nada podían hacer por él.

Todavía quedaba de marcha, y de pronto Kasim se detuvo, señalando al Este. El suelo no veía nada de extraordinario, pero los ojos de águila del hijo del desierto, acababan de distinguir en el horizonte la silueta de un acuario tamariquo.

Volvió el día, un día de calor horrible; Sven Hedín y su compañero tuvieron que abrir un hoyo en la arena y enterrarse el hasta el cuello, para librarse de los ardores del sol.

Al permanecer nueve moribundos en el hoyo, se debilitó el ambiente, emprendieron una vez la caminata.

Un día después estaban tan débiles, que se dejaron caer en el suelo, sin poder siquiera hablar. El fresco de la noche reanimó á Sven Hedín, que se levantó y echó á andar de nuevo. En cuanto á Kasim, estaba tan débil, que no pudo ni ponerse de pie.

El valeroso sueco se encontraba ahora estermado; solo; pero á las seis horas oyó pasos á su espalda. Era Kasim. Reanimado también por la brisa nocturna había seguido á su señor.

Por fin, divisó una línea negra por el horizonte. Era la fila de bosquecillos que bordean las orillas del río Kofas Daria.

El hijo de los viajeros era indecristible. Pero el río estaba todavía lejos, y Kasim volvió á caer antes de llegar á él.

Hedín estaba también demasiado débil para seguir en pie, pero se arrastró de rodillas, y, al fin consiguió llegar al río.

Satisfecha su sed, se dió un arazgo de renacuajos, que se le había acordado de su hijo Kasim.

Llenó de agua sus altas botas de campo, y corrió á llevarse las al críado.

D. Lorenzo Moncada

Con vivísima satisfacción por tratarse de un muy querido amigo nuestro y conturbulo de esta redacción reproducimos el siguiente telegrama que publica hoy un apreciable colega local.

Madrid 26 á las 10

El Jefe del Gobierno ha ofrecido un cargo de Ministro de Hacienda á D. Lorenzo Moncada.

Este agradeció profundamente la atención del Sr. Moret, pero recordándole que él ya está jubilado.

Paréceme que el Presidente del Consejo estimando en mucho los servicios del Sr. Moncada trata de premiarlos dignamente.

El Sr. Moncada ha prestado siempre valiosos servicios al partido liberal en los distintos importantes cargos que ha desempeñado.

Hombre de gran cultura y de trato afabilísimo su gestión como gobernador civil en varias provincias ha sido siempre muy brillante y en más de una ocasión ha sabido con exquisito tacto resolver esos terribles conflictos que á cada paso suelen presentarse á los que ejercen dicho cargo.

Nada nos extraña por consiguiente que el Sr. Moret, que profesa gran esquivencia por premiar como se merece su acrisolado liberalismo y los muchos servicios que ha prestado al partido en que milita.

El mercado de los miércoles

Hoy no se ha celebrado el acostumbrado mercado de los miércoles. Los numerosos compradores que han acudido como todas las semanas á realizar sus compras, se han encontrado con que no había quien vendiese.

La causa de ello ha sido que el arrendatario de consumos que antes concedía franquicia para el establecimiento del mercado, la niega ahora, según dicen los vendedores.

Si entrar á discutir las razones legales que impiden el arrendamiento de consumos para adoptar esos acuerdos, nos parecería que el Sr. Alcalde ha debido prever el conflicto ó por lo menos anunciarlo al vecindario para estudiar molestias y perjuicios.

Sería muy de lamentar que la prohibición continuase y que ese mercado que tantos beneficios reporta á todo nuestro campo y al vecindario de Cartagena, desapareciera.

Si de algo vale nuestro ruego lo unimos al de tanta interesado como esta mañana lamentaban la suspensión del mercado de los miércoles.

Los sentimentales

En fuerza de tanto hablar de la ola del positivismo, que nos arroja y nos aboga, un poco de sentimentalismo no puede menos de resultar provechoso.

Ep las corrientes modernas todo encaja bien y así como se habla de los progresos del feminismo, y de las perspectivas del industrialismo, también debe ser provechoso decir algo del sentimentalismo.

Ante todo un concepto nuevo que parece viejo. Así como á los truchamanes que todo lo aprovechan en algo mismos se les llama egoístas; y á los que todo lo miran bajo el prisma de lo práctico, materialistas; á los que sienten coquillas en el alma se les denomina sentimentales.

La palabra, aun cuando algo cursi, resulta gráfica. Péro qué es "un sentimental"? A primera vista parece un tipo de esos á quienes les dan todo á medida el trasquilado de las uñas, pero en realidad no es eso.

Así como el orador nace y el poeta muere, el sentimental surge, no llamamos que por generación espontánea, sino circunstancialmente.

Usted, hombre de energías y arrebatos inconmensurables, es un japonés, se siente capaz en un momento de indignación patriótica, no digamos que de comprar los niños crudos, si no de reducir á papillas al más forajido de los rifeños.

Paréceme que eso exige nervios, rodez, carácter agrio, bigotes puntileados, ojos saltones y pómulos hinchados y sub el pelo encrespado. Pues no feñor; es usted "un sentimental", un hombre de temple que tiene el alma casi tan sensible como un clifndro ó un disco de glicerina comprimida dis-

Bottom section of the page containing poetry and advertisements. Includes 'A LA MEMORIA de D. Miguel Lobo', 'Anarquismo', 'El Eco de Cartagena', 'Poetas Cartagenos', and 'LA MUJER'.